
APUNTES SOBRE EL ACTO DE ESCRIBIR

Gustavo Adolfo Wyld
Departamento de Letras

Las diversas respuestas que se dan al interrogante *¿qué es literatura?*, contempladas individualmente o en conjunto, resultan con frecuencia insuficientes, pero contienen afirmaciones útiles para una conceptualización propia sobre su naturaleza y finalidades, aunque no son en modo alguno absolutas, porque nada hay supremo e incondicionado. Que un dictamen sobre este problema se estime más apropiado que otro dependerá de los juicios literarios de cada quien, llámese éste escritor, lector o teorizante.

Cambemos la dirección de la pregunta: *¿para qué se escribe?* Se escribe para conformar con el lenguaje una verdad, una vivencia, un sueño, una obsesión; para construir una realidad dentro de otra (la verdad de la verdad, la médula de la vivencia, el sueño del sueño, la obsesión de la obsesión). El escritor se sirve de la lengua, que es modelo general y constante para todos los miembros de una comunidad lingüística; materializa y da cuerpo a este modelo en el uso personal que hace de él. No obstante, la explicación no pasa de ser saussureana y hace falta el énfasis expresivo que permite asumir lo escrito como manifestación emotiva y bella. Sólo cuando el escritor esté seguro de haber logrado esta conformación, previa indagatoria de su alma y su destino, y de haber ataviado su visión del mundo y de las cosas con un ropaje merecedor, se decidirá a mostrar su obra al lector porque la habrá considerado digna de ser apreciada, sugestiva, con su nueva vestimenta lingüística, armoniosa en el contexto de su eufonía, bien constituida en un concierto de formas. Esto es porque el verdadero escritor no pone frente a los ojos de los demás algo que, a su juicio, carezca de estas condiciones que, de pronto, le parecen universalmente válidas.

Se escribe para contemplar el mundo desde una nueva perspectiva, para descubrir una verdad y expresarla vestida con su mejor

traje. Se escribe para sí (literatura auténtica) y se publica cuando se conceptúa que dicha autenticidad ha tenido una plasmación digna en la esfera figurativa del lenguaje y en su lado de permanente recreación.

En el momento que escribir se considera simplemente un "oficio", aunque se piense como muy decoroso, se pierde su verdadero sentido para adquirir una condición pragmática que desvirtúa el recto camino de una necesaria, aunque no única, pretensión estética. Los atajos, en el caso de la literatura, no abrevian la senda, sino que conducen al campo de las vinculaciones (políticas, económicas, sociales, etc.) que son el mejor —y más "impresionante"— modo de menoscabar sus fines más inherentes: ser ella misma, bien constituida y fiel a su propia naturaleza. Por el camino de las vinculaciones (o "compromisos"), la literatura se adhiere, se ata a un contexto temporal que decapita la posibilidad de que lo escrito pueda ser trascendente y válido para todo ser humano. El "éxito" para el escritor implica, de esta manera, arrojarlo exabruptamente en la circunstancia temporal, que es el terreno donde se ha labrado la transitoriedad ineludible de todo lo que haga después de haberlo alcanzado, pues el reconocimiento de una sociedad a un autor va irremisiblemente ligado a la propia limitación cronológica y aun local de esa colectividad. La aceptación generalizada de un escrito es, en la mayor parte de los casos, el signo de su propia finitud. He allí la trágica limitación de la literatura de encargo y del periodismo.

La siguiente pregunta que debemos formularnos es *¿por qué se escribe?* La razón del acto de escribir se aproxima al terreno de las motivaciones, a un campo más vital que filosófico, pues es la vida misma la que lo alienta, propicia y justifica.

El escritor percibe el pulso de la vida aun en sus latidos más arrítmicos y débiles, más

saltones y filiformes; repara en que la mayoría de las personas no advierte sus intermitencias y se impone la tarea de referirlas. Necesita ofrecer a los inadvertidos su particular visión de la existencia y dar cuenta de su paradoja interior en que se cruzan lo real y lo posible, lo recaudado en la vigilia y lo soñado en el sueño. Desea constituir esa visión en ademán permanente capaz de albergar esa captación de vida esencial. Y ese gesto—difícil de transformar más allá de lo que es— será una vida creada por la vida misma, a la que, por causa de su intensidad y belleza, hará casi imperceptible: vida consumada y de mejor semblante que la vida misma, en la que lo probable supera a lo existente.

Cuando se atiende al problema de su esencialidad, las intenciones e interpretaciones que se dispensen a la acción de escribir (evadirse, refugiarse, solidarizarse con alguna causa, desahogarse, inmortalizarse, etc.) se verán debilitadas por la importancia de ese tratamiento.

Tampoco se escribe por escribir, por mero juego, sino por y con dolor, o bien por asombro o indignación ante él, y muy en serio. El grande y verdadero escritor, que es el laceado testigo de su tiempo, edificará un monumento permanente con su testimonio en la medida que acorte auténticamente la distancia entre lo externo *en que vive* y lo interno *que vive en él*. La escritura abreviará el trecho que separa a su alma de la acción, para transformarla en acción de su alma.

¿Hay deseo de perennidad en el escritor? Seguramente, y nada habría de malo en ello. El anhelo de perennidad es lícito cuando no se busca por el camino fácil de la excentricidad o de la proclamación social, sino mediante el empeño sublime de participar en el misterio de la existencia, para dominarlo y plasmarlo de una vez por todas, o bien a través de esa fuerza engendradora de mitos, que es la que interrumpe y alivia el sopor cotidiano y obliga a la vida a recordarse, enderezarse, entenderse, rectificar sus gastados itinerarios. Fuerza, en fin, renovadora.

Para el escritor, el verdadero, el llamado del destino y del alma no admite reticencias ni dilaciones; se impone y exige de él una acción inmediata, por más insegura y falible que le parezca. Ahí reside su tragedia, pero también su dicha, porque acudir a esta convocatoria urgente le significará reconocer su verdadera

esencia, asirla y resguardarla en la escritura, que es la mejor manera de zanjar la dificultad que plantea la propia finitud y de aceptar las consecuencias que se deriven de su acción.

Para escribir su obra, el escritor solidario consigo mismo habrá indagado antes en su alma, preguntando por su destino. Su intención y fuerza habrán corrido hacia adentro, explorando ignorados intersticios. Habrá descubierto, en algunas rendijas de su interior, las razones y sinrazones de su soñar, pensar, sentir, y actuar.

Y será precisamente en el momento de escribir cuando el escritor aproxime y trate de fundir, esforzadamente, el mundo en que vive con el que vive en él, para expresar en su obra no sólo la realidad exterior sino especialmente la suya, en ademán único e irrepetible. Será, si se quiere, un jirón de vida, pero quintaesenciada, preferencial.

Logrado el sincretismo, la conciliación de su mundo interno con el externo, el autor habrá de juzgar—como ya se dijo al principio—si su obra está terminada, si ha logrado la conformación apropiada y los efectos estilísticos propuestos: decidirá si es digna de ser presentada a los lectores. En caso de no llenar sus expectativas de organización literaria, el fallo del escritor habrá de ser inapelable: la deshará y volverá sobre sus pasos para determinar en qué punto de la ruta se extravió.

Este extenuante—y quizás patético—itinerario del verdadero escritor ilustra y alecciona a quienes quieren llegar a serlo y sirve de diapasón a lectores exigentes que quieren afinar cada vez más el instrumento de sus estimativas literarias; y es tanto más valioso por cuanto revela la conciencia del escritor ante las imperfecciones de su criatura literaria, que lo condujeron a fallar en contra de su entrega al público.

Sólo cuando el autor juzgue que su obra está debidamente constituida y que ha realizado su trabajo *lo mejor que pudo*, lo dará a los lectores. La otra apreciación, "la del mejor trabajo", ni siquiera es idealizadora: pertenece a la esfera de la jurisprudencia normativa de una "infalible" aristocracia en que ostentan su abolengo los mediocres.

Se escribe, en fin, por fidelidad al llamado irresistible e ineludible del alma y el destino, a la convocatoria de una vida de imperativo categórico que es el único camino seguro de la vida.